



POEMA EN TRES CANTOS

Dedicado al Sr. D. Manuel del Palacio, insigne poeta

CANTO PRIMERO

I

No hay dicha en este mundo: he aquí un gran
para escribir, como escribir confío, (tema
un poema que, triste por ser mío,
será más bien un sueño que un poema:

II

Doña Isabel de Portugal, esposa
del rey y emperador Carlos Primero,
miraba al Rey, su primo y compañero,
con ojos que veían otra cosa;
y es que, aunque fiel casada,
siempre fija en el cielo la mirada,
á través de un gentil sonambulismo
se juzga de Lombay enamorada
(y amar, ó crear amar, todo es lo mismo),
y, cada vez que su extravió nota,
más que amante, devota,
con conciencia intranquila,
haciendo cruces la inocente, agota
toda el agua bendita de la pila.
¡Oh virtud adorable
que se cree abominable
porque ama á un ser en la región del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿Es crimen ser infiel de pensamiento?

III

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
hacer saber una pasión que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
que amó con la pasión más tormentosa,
y amó porque, al pasar por no sé dónde,
le dijo no sé quién no sé qué cosa.
Y sé de otra también, que aunque pedía
por la noche á los ángeles consejo
para ser buena en el siguiente día,
se hacía amar con tan discreto modo
que, aunque nada á su amante le decía,
tan sólo con fruncir el entrecejo
se lo contaba, sin embargo, todo;
y es porque sabe el alma enamorada,
mejor que muchos sabios,
cuánto nos dicen, sin hablarnos nada,
un dedo que se aplica á ciertos labios,
una palabra, un gesto, una mirada.

IV

No hay cosa más común en los amores
que esos vagos ardores
que nuestras almas llenan
de unas locas visiones que envenenan,
así como envenenan muchas flores.

¡Cuántas mujeres veo
que del amor padecen el martirio,
y que, adorando á un hombre con delirio,
no han llegado jamás ni aun al deseo;
castas mujeres que en secreto adoran,
y que son adoradas sin medida,
y que á veces también, aunque lo ignoran,
son la oculta novela de otra vida!
¡Oh Dios! ¡cuánta alma buena
con la mirada llena
de sueños y horizontes interiores,
como carga importuna
sacude de la tierra los dolores,
y luego en busca de mejor fortuna,
va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país? — ¿Dónde? En la luna.

V

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
de hombres envidia y de mujeres gozo,
la Reina le llamaba el «caballero;»
las damas le decían «el buen mozo.»
A este insigne varón, después que le hizo
paje de honor la infanta Catalina,
por una gran razón que se adivina,
la Reina le nombró caballero;
y por fin, el buen mozo y caballero
(que á Santo llegó un día),
que Marqués de Lombay siendo primero
fué después cuarto Duque de Gandía,
gozando de la Reina la privanza
(sin la promesa real de dicha alguna),
vivió en eterno estado de esperanza,
que es vivir en un valle, de la luna.

VI

¡Cuántos nobles amores,
llenos de ansias y celos,
sin tocar en las puntas de las flores;
en el azul se mecen de los cielos;
amores que, aunque son de pensamiento,
embargan por entero nuestra vida,
y que, al morir nosotros, en el viento
se pierden como música no oída!

VII

Y tú, lector querido,
¿no has conocido alguna
que, aunque fiel en la tierra á su marido,
ama á otro hombre fantástico en la luna?

De este modo la Reina, embebecida,
cruzando en ilusión los cuatro vientos,
un columpio formó de pensamientos,
y en ellos se meció toda su vida;
y así tan sólo á comprender alcanza
el alma más sevefa
cómo puede un amor sin esperanza
llenar de dicha una existencia entera.

VIII

Pero pregunta una mujer curiosa:
— Siendo infiel en los astros á su dueño
la grande Emperatriz y noble esposa,
¿no era culpable? — Sí. — ¿De qué? — De un sue-
ño. ¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas (ño.
suelen amar, contra su mismo intento,
porque en ciertas alianzas caprichosas
acaso con su propio sentimiento
se confunde el aliento
misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
en un raptó de amor calenturiento,
sin restricción alguna,
se van á amar sobre lo azul del viento,
porque tiene en los valles de la luna
su derecho de asilo el pensamiento!

IX

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(terrible como todas las verdades)
que un corazón sensible,
para huir de las frías realidades,
convirtiendo en posible lo imposible,
conducido por mano de las hadas
se tenga que escapar de lo invisible
por las oscuras puertas entornadas!

X

¡Oh sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algún amante?
Oid de esta pasión la eterna historia:
se llega á ver á un ser un solo instante,
y después va empezando aquel semblante
á flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
— Sí. ¿Quién es? — Una sombra encantadora
que, cruzando más rápida que un ave,
pasa, mira, nos ciega, se enamora;
la vamos á seguir, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO

I

¿No estáis, lectores míos, admirados de ver, ora en ausencia, ora en presencia, lo mucho que interviene en la existencia la diosa de los mundos encantados?

II

Oid por boca del amor más tierno el placer infinito que se siente en la interior visión del mundo externo. A una niña inocente — ¿Te aburres, di? — su madre le decía; y la niña risueña respondía: — No, madre; me distraigo interiormente. — ¡Modelo de los que aman sin medida la niña, interiormente distraída, como ella, fantaseando hechos y cosas, entretienen mil almas virtuosas este inmenso bostezo de la vida! ¡Oh ilusión adorable, hija del cielo y de la dicha hermana! A no ser por tu magia soberana, nos mataría el tedio inexorable, eterno fondo de la vida humana.

III

Pero mi mente, como todas, vuela, y de la grande Emperatriz se olvida; y así, dejando á un lado la novela, volvamos á la historia de su vida.

IV

La Emperatriz, hacia los treinta abriles, tenía una belleza incomparable. Yo ví en un medallón sus dos perfiles, y la encontré dos veces admirable. Aquel rostro tan bello que á sus Venus después puso el Ticiano, lo rodeaban con gusto soberano dos matas abundantes de cabello; y á su augusta altivez poniendo el sello, las gasas de su gola y de su mano, sus mangas blancas y su enhiesto cuello le daban un aspecto puritano.

V

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente, detesta cordialmente el amor que se acerca demasiado,

ansía, estando de Lombay ausente, corrientes de suspiros de aquel lado; y hasta cuenta la fama que, sin hacer á su pudor agravios, viendo unido á Lombay con otra dama, triste ocultó la Emperatriz su llama, dijo «¡mejor!» y se mordió los labios. Pero, aunque ausente, y además casado, en pensar en Lombay su alma se aferra, y con gentil cuidado, soñando en el ausente idolatrado, para verlo mejor los ojos cierra, y tiene así, de su deber al lado, el alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente? Cuando se ama en extremo, es lo ordinario ser un poco demente, y más que un poco, pues siempre fué y ha sido necesario para ser muy feliz ser algo loco. Y en su amor, locamente extraordinario, mientras se postra ante ella el mundo entero, la Emperatriz con culto verdadero se arrodilla ante un ser imaginario. Mas, salvando el honor de su marido, siempre el amor con el pudor hermana, y así vive, aunque infiel, la Soberana con la conciencia del deber cumplido; y nunca de la altiva castellana puede ser el secreto sorprendido, pues sólo antes que alumbre la mañana es cuando astuta, si lo ve dormido, la frente de Endimión besa Diana.

VII

Mas ¿qué han de hacer, ¡Dios mío! sino buscar consuelo en las estrellas las reinas que, en sus horas de vacío, ven que toman los reyes para ellas la forma del deber ó del hastío? ¡Ah! sí: mientras la Reina sin fortuna cumplía como buena sus deberes, Don Carlos, en sus múltiples placeres, sin miramiento ni prudencia alguna, no sólo idealmente á las mujeres las conduce á los valles de la luna, sino que en la vehemencia de su insaciable pecho la realidad agota sin conciencia, y llama, cual Calígula en demencia, la misma luna á compartir su lecho.

VIII

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto; en vano el mundo su conducta acecha, pues comprende muy bien su noble instinto que la esposa del César Carlos Quinto debe estar hasta exenta de sospecha. Y cuanto más soñando se extravía, hablando con sus mismos pensamientos: «Dios me dará pesares, se decía, pero nunca tendré remordimientos...» Y ya por el dolor purificado, el amor de su sueño la extasía, y así del grande Emperador al lado mirando á su marido lo perdía, se buscaba á sí misma y no se hallaba. ¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo! ¡Cuánta mujer, como ella, muy-honrada, con femenil encanto mientras habla á su amante, embelesada, sigue con otro diálogos en tanto, perdida en el espacio su mirada!

IX

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados se ignoran á sí mismos los sentidos, á la tierra apegados por el deber y la palabra unidos, yo ví muchos amantes muy queridos de corazón y de hechos separados, hallándose en la luna confundidos con sombras de otros seres adorados: amantes que, aunque buenos y dichosos, persiguiendo ardorosos, cansados de lo real, sueños livianos, se quieren en la tierra como hermanos, y tienen en la luna otros esposos.

X

¿Dudáis de esta verdad, lector amado? Pues no estéis en su fe muy confiado, aunque tengáis á vuestra amada enfrente, pues positivamente cuando está distraída á vuestro lado es que se acerca á su querido ausente. ¡Cuántas veces, henchida de fragancia, besa una boca á su adorado dueño, y otro ser, á mil leguas de distancia, oye un eco que vibra como un sueño! Y es que, aunque el beso suena donde toca, al ponerse después en movimiento, ligero como el viento

su dirección el pérfido equivoca, pues remitido al Norte con la boca, se lo lleva hacia el Sur el pensamiento!

XI

¡Salud, valle encantado de la luna! En tí, en mi edad pasada, ¡oh imagen sobre todas adorada! tuve yo, entre otras, una, hace ya muchos años, secuestrada. ¡Cuánto he amado y sentido! ¡Y tú, joven lector, ten entendido que, si amo hoy sólo por amor al Arte, también, por la ilusión desvanecido, caminé por el mundo distraído cual si viviese en Júpiter ó en Marte! Y, aunque ya no me empeño en seguir á mi ardiente fantasía, pues tengo en mi mujer mi fe y mi sueño, y en mis libros la calma y la alegría, todavía mi mente hace brotar ardiente del fondo de mi infancia maravillas, y es tan verdad, que ayer precisamente pasó una antigua imagen por mi frente que mi insomnio cargó de pesadillas. ¡Aun suelo recordar en mi ardimiento varias memorias, en la luna ausentes, con quienes hice yo de pensamiento millones de locuras inocentes! Y aun me acuerdo de alguna que, aunque esposa severa, con alma llena de ilusiones, era fiel en la tierra y pérfida en la luna... Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado! ¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿y tú, María? Mas ¡qué memoria tan tenaz la mía! ¡Esto también pasó! ¡todo ha pasado!

CANTO TERCERO

I

Hay un amor profundo que nunca encuentra en nuestra vida calma: y hay un exceso de alma que jamás halla empleo en este mundo. Y prueba de ello son las almas puras que, para hallar á su cariño empleo, extravasan en sueños sus ternuras, imitando en su loco devaneo á todas esas santas criaturas que recorren, viviendo en sus clausuras, los inmensos pensiles del deseo.

II

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
el amor de esos seres elegidos
que pueden, enfrenando los sentidos,
adorar sin vergüenza y sin pecado;
que con sana conciencia,
alzando lo más puro de su esencia
hasta uno de los valles de la luna,
agregan su existencia á otra existencia,
y pueden conservar sin mancha alguna
todo el tiempo que quieran la inocencia!

III

Con tal piedad y con pureza tanta,
amaron, cual Lombay á la Princesa,
con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, también santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
que son tan inocentes
como lo son los sueños transparentes
que envía Dios á pájaros y á niños!
¡Jamás concebirán de nuestra mente
amores tan sublimes y tan tiernos
los que saben amar tan solamente
con el amor que alegra á los infiernos!

IV

¡Reina infeliz! cual dice la Escritura,
vió á un hombre un día por su mala suerte,
y después con tristeza y con ternura
se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la quería
con tanta abnegación, con ardor tanto,
que antes de ser un héroe y luego un santo,
ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entretanto apasionada,
aunque al pudor no le defrauda en nada,
casta, y leal, y mística, y severa,
á su angustia febril abandonada,
en su trono imperial vive sentada
más triste que una virgen de Rivera;
hasta que lentamente
sofocando en el pecho aquel misterio,
la Reina-Emperatriz fué tristemente
bajando esa pendiente
á cuyo pie se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
un hecho que en idea se transforma,
y, así como una llama entre la bruma,
la Reina, cual incienso que perfuma,

ondeó, se disipó, perdió su forma,
y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
de aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió joven aún, pero ¿qué importa?
va y viene la mujer cuando Dios quiere,
y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V

Lombay, que siempre continuó la senda
del amor y la gloria,
su vida pasó á historia,
y su historia después pasó á leyenda:
y cuenta esta leyenda infortunada
que el Marqués, para dolmo de sus penas,
partió á inhumar á la feraz Granada
á la gran Reina, y respirando apenas,
en la muerta clavada
por largo tiempo tuvo la mirada
que le llevaba el frío hasta las venas;
y horrorizado, y por el llanto ciego,
— Ya sólo lo que viva eternamente
volveré á amar, — dijo Lombay; y luego
sus ojos, que brillaban como el fuego,
se apagaron ante ella eternamente.

VI

Y esperando el momento
de ir á más alto asiento,
alzó entre el mundo y él un doble muro,
é hizo acopio de amor en un convento;
mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
que busca el sacrificio y el tormento.
Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
que le fueron siguiendo á todas horas
aquellas ilusiones tentadoras
que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
mientras la sombra de Isabel adora,
y su alma fiel, que por su amante llora,
de Dios esposa y del deber esclava,
la dicha del amor, *que es de una hora,*
la da por esa paz *que nunca acaba.*
Y en éxtasis de sueños inmortales,
ignorando Lombay si sueña ó vela,
se pierde, como un ángel cuando vuela,
en sueños infinitos é ideales;
pues en el mundo real, si bien se mira,
merced á la ilusión y á la memoria,
solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!



SEGUNDA PARTE

LA MUSICA

DEDICATORIA

I

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tú sonríes, tu hermana se divierte,
tu madre os mira á entrambas con encanto;
y pensamos, al son de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II

¡Ay! ¿por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
reír á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente,
la Música es un hada complaciente,
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
con más fe al corazón que á la cabeza,
dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oír, convertimos
la fría realidad en ilusiones;

pues al recuerdo de sus buenos días,
ponen en cuanto oímos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oído interior sus armonías.

III

Si, como todos vemos,
la Música despierta los sonidos
que desde el día mismo en que nacemos
están en nuestro espíritu dormidos,
también probarte intento
que se lleva la Música la palma
en las artes que anima el sentimiento;
que así como el estilo es el talento,
el metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
todo el que canta, ó toca,
si no ama en realidad, ama algún sueño:
porque su magia es tanta,
que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
que, envuelto en el sonido,
hasta lo amargo del dolor encanta;
y que la misma senectud que mira
que cada nota una esperanza encierra,
con inútil ardor ama y suspira,